

SELECTA



REVISTA MENSUAL

SEPTIEMBRE

AÑO II-N.º 6

1 PESO

El Arte en Chile



N pocos días más, la Exposición Internacional de Bellas Artes abrirá sus puertas, y Chile quedará consagrado como un país de una cultura tan refinada que pudo celebrar el aniversario de su primer siglo de vida de nación libre con una manifestación que revela la intensidad de sus instintos y de sus gustos intelectuales y artísticos. El momento no puede ser más oportuno para estudiar el nacimiento y el desarrollo

del arte en Chile, y hacer una historia de su vida artística tan brillante, á pesar de su brevedad.

Porque verdaderamente, la historia del arte en Chile se puede decir que tuvo su principio á mediados del siglo pasado, es decir, hace poco más de cincuenta años. Antes, las manifestaciones artísticas eran casi desconocidas.

Durante toda la época de la conquista y del imperio español, los nuevos pobladores de Chile importaron, cierto número de obras de arte, de las que estaban en boga en su época, pero que eran

los grandes obstáculos que impidieron la infiltración del arte europeo en la América del Sur: á pesar de la obstrucción de los gobiernos de antaño, el pensamiento de la Europa podía llegar, con los libros, atravesando la cordillera y el océano, pero no pasaba lo mismo con las obras de arte pictural ó escultórico. La falta de modelos que pudieran fijar ciertas ideas, provocar, quizás, la vocación de muchos jóvenes, fué sin duda, la causa de que muchos años después que grandes poetas y literatos se habían revelado en América y habían llamado la atención del mundo, todavía ningún artista pintor ó escultor se hubiera manifestado.

El resultado fué que, cuando con los rápidos progresos de la civilización, estas naciones nuevas necesitaron monumentos, decoraciones y estatuas, tuvieron que dirigirse á Europa para conseguirlas y hay que confesarlo, desgraciadamente, la Europa, muchas veces, mandaba obras que dejaban mucho que desear bajo el punto de vista del estilo y de la ejecución: no se formaba ninguna tradición de arte americano, no aparecía un estilo original.

Sin embargo, las naciones americanas, y particularmente Chile,



Cuadro de Antonio Smith

reservadas exclusivamente á los conventos y á los palacios de los virreyes, y ninguna manifestación artística original se manifestó entre los recién llegados á las tierras americanas. Hay que reconocer también que los que llegaban entonces á América tenían otras cosas que hacer que cultivar las bellas artes, y por lo mismo, es muy natural que sus descendientes inmediatos, los primeros representantes de la raza sud-americana actual, habiendo perdido todas las tradiciones de arte de sus antepasados europeos, y, además, teniendo la tarea considerable de colonizar y poblar inmensos territorios, hayan seguido profundamente indiferentes al arte.

Pero, cuando con el progreso de la civilización y el refinamiento constante y continuo de las altas capas sociales, las preocupaciones materiales de la lucha por la vida dejaron lugar á las aspiraciones intelectuales y artísticas, entonces el alejamiento de los grandes centros artísticos, la dificultad de las comunicaciones fueron

desarrollándose de una manera cada vez más brillante, y por otra parte los progresos de la navegación, haciendo, sino desaparecer, por lo menos disminuir notablemente los inconvenientes de la distancia, la cuestión de las bellas artes debía plantearse; ya se hacía indispensable que ellos tomaran su lugar debajo del hermoso sol de la América del Sur. El gran soplo de libertad y de emancipación producido por la Revolución Francesa había salvado los Océanos; la aurora de los tiempos nuevos había alumbrado á la América y las jóvenes naciones, después de haber conquistado su independencia, llenas del más magnífico entusiasmo, quisieron mostrar al viejo mundo, hasta qué punto eran ellas dignas de esta independencia, organizando su vida social y tomando como modelos á las naciones de Europa, que estaban entonces, que están todavía á la vanguardia de la civilización. La necesidad del Arte en todas sus manifestaciones se impuso.



Cuadro de A. Orrego Luco

Desgraciadamente, la falta de atmósfera artística por la ausencia de tradiciones y de un pasado de arte, era un tremendo obstáculo, aún para un principio de organización. Además, la época era particularmente peligrosa, coincidiendo con la aparición en Europa, de la industria moderna, de la fabricación mecánica y barata, triste aurora de la "pacotilla", reverso de la medalla del progreso. La Europa á pesar de estar armada con sus tradiciones y su pasado artístico tuvo que luchar para que no se echara á perder su buen gusto y su educación, frutos de largos siglos de arte: ¿cómo iban á resistir esta prueba cerebros, vírgenes todavía, de toda idea de arte y naturalmente dispuestos á acoger las primeras impresiones recibidas? ¿Irían estas aspiraciones artísticas á ser pervertidas al tiempo de nacer, por la invasión de este falso lujo, fácilmente adquirido bajo la forma de los productos bastardos de una industria rápida, fabricando con materiales de mala calidad, groseras imitaciones de todos los estilos conocidos, ó mezclándolos para producir monstruosidades híbridas, verdaderos atentados contra

todo el arte del pasado? Fué esa una crisis que asoló el mundo durante algún tiempo y contra lo cual se ha producido desde unos quince años una reacción victoriosa cuyas iniciadoras fueron la Francia y la Inglaterra. Y al fin para concretarme al bello arte de la pintura ¿tendría la mala suerte América de conocer los cromos antes de la verdadera pintura?

Una circunstancia feliz é inesperada vino á salvar á Chile de este peligro, al mismo tiempo que iba á dar una admirable dirección á las aspiraciones artísticas de los chilenos y principiar de la manera más espléndida la historia artística del país: esta circunstancia fué la llegada y la larga permanencia en Chile del pintor francés Monvoisin.

Hace algunos meses consagré una de estas conversaciones sobre arte á este notable artista que tuvo una influencia tan grande sobre los destinos artísticos de Chile. Monvoisin llegó á Santiago en una época brillante de riqueza y de lujo y ejecutó una larga serie de retratos, algunos de los cuales son de primer orden. Serán



Cuadro de A. Orrego Luco

muy raras las familias de la antigua aristocracia de Chile que no tengan en sus salones retratos pintados por el artista francés.

A la época de la llegada de Monvoisin á Chile, no existía ninguna organización artística, y por consiguiente ninguna escuela de Bellas Artes. El creó una especie de academia artística, pero enteramente privada y sin ingerencia alguna del Estado. No pude encontrar sino datos muy vagos sobre esta primera academia, fundada por Monvoisin: sin embargo, hizo algunos discípulos que fueron los primeros pintores nacionales, y entre los cuales se destaca especialmente, Mandiola, cuyos cuadros revelan un vigoroso temperamento de pintor y en que se nota netamente la influencia del maestro.

En estos mismos años que fueron de un brillo extraordinario en la vida de la nación por la pléyade de hombres notables que la colocaron á la altura que hizo de Chile el Estado mejor organizado cuyas majestuosas figuras dominan todavía á la época

cual contribuyeron, en gran parte, los graves acontecimientos del año 91.

Hace diez años la Escuela estuvo reorganizada en la forma actual sólida y definitiva y cuenta con el más notable cuerpo de maestros, distinguidos artistas nacionales y extranjeros: en pocos meses más, después de la Exposición irá á ocupar el magnífico edificio, anexo al paseo en el Palacio de Bellas Artes.

Cuando se creó la primera Academia de Bellas Artes se llamó para dirigir la clase de escultura á un escultor francés, Auguste François, quien la tuvo á su cargo durante veinte años y que fué reemplazado por el más notable de sus discípulos, don Nicanor Plaza, una de las glorias de la escuela escultórica chilena. Tampoco fué olvidada la arquitectura en el programa de la primera Academia y fué también un francés, Brunet de Baisnes, quien tuvo la dirección de la primera clase organizada: Brunet de Baisnes murió en Santiago, á los pocos años de llegar, y el Gobierno hizo

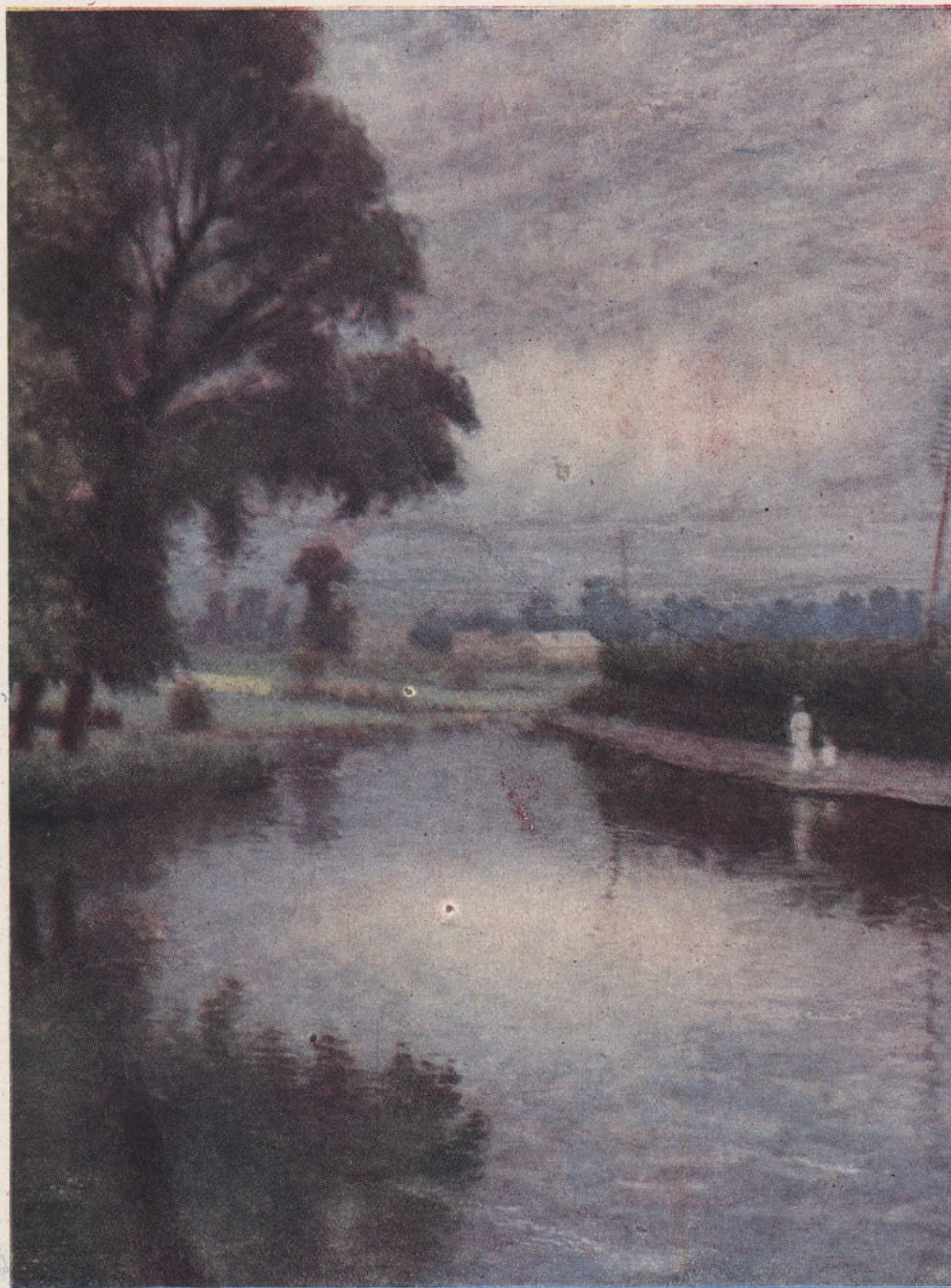


Cuadro de Onofre Jarpa

actual y sirven de ejemplo á los legisladores modernos, los señores Manuel Montt y Antonio Varas, quisieron que ningún punto fuera olvidado ó descuidado, de los que pudieran contribuir al más perfecto desarrollo intelectual y social de su patria y en su programa de organización dieron un lugar á las bellas artes y en 1847, un decreto ordenó la creación de la primera academia oficial de bellas artes. Naturalmente largos años pasaron ante de que este principio de Escuela de Bellas Artes pudiera dar todos sus frutos, pero su existencia, aunque muy rudimentaria era un gran paso para salir de las tinieblas del pasado. El primer director y maestro de la nueva Academia de pintura fué un italiano, Cicarelli, que el Gobierno chileno hizo venir de Río Janeiro, donde era profesor de dibujo. Después de algunos años tuvo como sucesor al pintor alemán Kirbach que, á su vez, fué reemplazado por otro italiano, Mochi, fallecido pocos años, y que fué el primer maestro en Chile de muchos de los pintores chilenos que se encuentran hoy día en el apogeo de su talento y de su carrera. Cuando el pintor Mochi abandonó la dirección de la Escuela de Bellas Artes, ésta atravesó por una época de crisis y de desorganización á la

venir de París, para reemplazarle, á M. Luciano Henault que dirigió la clase de arquitectura durante diez años.

En el período comprendido entre la época de Monvoisin y la brillante generación artística actual, se destacaron algunas figuras de artistas con un brillo especial por ciertas cualidades sobresalientes: los más interesantes y famosos fueron Antonio Smith, á quien don Luis Orrego Luco le dedicó un notable artículo en uno de los primeros números de SELECTA y Antonio Caro, de quien se puede decir que fué el primer pintor verdadero nacional, es decir, profundamente enamorado de las costumbres y de la vida íntima de su país. ¿Y qué sería para Chile, si la ejecución de sus cuadros estuviera á la altura de sus concepciones é intenciones, lo que fueron para sus países, ciertos pintores flamencos ó holandeses, un testigo fijando de una manera definitiva y sumamente interesante para las generaciones futuras, las costumbres de su tiempo? Caro, en una serie de cuadros, cuyo colorido y dibujo dejan desgraciadamente algo que desear, ha reproducido cierto número de escenas populares, de costumbres y de tipos, hoy día desaparecidos y que constituyen ya documentos preciosos y únicos de la vida



Cuadro de Alfredo Helsby

en Chile en el siglo XIX. Creo muy probable que algún día, estos cuadros reunidos en una galería evocarán de una manera impresionante y pintoresca esa época en que Chile, en su robusta juventud, se desarrollaba en nación cada vez más grande y poderosa.

Desgraciadamente, el ejemplo de Caro no fué imitado por otros artistas, cuya ejecución más sabia ó más agradable les hubiera permitido dejar obras más completas y definitivas. Pero, tal como es Caro merece ocupar un lugar aparte en la historia artística de Chile.

II

He llegado, en este estudio del arte en Chile, á la época moderna y á la evolución sumamente interesante á la cual estamos asistiendo ahora.

La personalidad más fuerte, la de más relieve de la generación que precede á la que se está levantando ahora, será necesario decir el nombre? Todo el mundo sabe y reconoce que es don Pedro Lira. Durante treinta ó más años, don Pedro Lira ha sido la figura principal del arte chileno: por sus obras, por su trabajo encarnizado, por su influencia en todas las manifestaciones artísticas, por los apasionamientos en pró y en contra, se puede decir que en este período, él ha encarnado el arte chileno: no es un juicio que yo formulo, es un hecho que constato y creo que nadie podrá negarlo.

Hombre cultísimo y de una sólida educación, don Pedro Lira era admirablemente preparado para ir á París á completar su educación artística empezada aquí y á recibir impresiones fuertes y

nuevas: tuvo, además, la suerte de tener como maestro, á uno de los artistas más distinguidos y más nobles de la segunda mitad del siglo pasado, Elie Delaunay. La influencia de este gran pintor, influencia, por cierto, benéfica y elevada se nota en los cuadros de la primera manera del señor Lira, y si después el artista evolucionó y tomó nuevos rumbos, hacia los cuales lo lleva su espíritu emprendedor y curioso, sin embargo, se siente siempre, aún en las obras de esilo más distinto, la huella de esta sana y robusta enseñanza. Las obras de don Pedro Lira son demasiado numerosas y también demasiado conocidas para que me detenga á examinarlas y á analizarlas, pero en este momento solemne del Centenario, desapasionada é imparcialmente he querido rendir ese homenaje al artista que había ocupado un lugar tan especial en los anales del arte en Chile.

Y ahora, es con tristeza que debo volver á escribir en esta revista el nombre del que fué mi desgraciado amigo, Alfredo Valenzuela Puelma, cuya vida y obra estudié en estas mismas páginas, en el período trágico, entre la enfermedad que lo dirigió traidoramente y la muerte, esa bienhechora.

El también está seguro de ocupar un lugar glorioso en la historia artística de Chile, y la Ninfa, la Perla del Mercado, el retrato de Mochi, el "plafond" de San Lázaro y tantas otras obras, dirán á las generaciones del porvenir de qué clase superior eran los artistas con que contaba desde sus primeros tiempos la naciente escuela chilena. Otro recuerdo tengo que dedicar también á mi otro amigo, don Ernesto Molina, el pintor refinado, el hombre cultísimo, uno de los iniciadores en Chile del gusto para las obras y los objetos de arte antiguo.

Desde que se organizó la vida artística en Chile, se estableció la tradición de que todos los jóvenes artistas, después de sus primeros estudios se dirigieran á Europa, y más especialmente á París, para completar sus estudios y formar su gusto y sus ideas; la falta de ambiente todavía en el país mismo hacía que este viaje fuera casi una obligación: por eso, con muy raras excepciones todos los artistas chilenos, durante los treinta últimos años pasaron por los talleres de los maestros franceses: la influencia de la escuela francesa y de la intelectualidad artística de los franceses es indudable, y esta influencia fué tanto más fuerte, cuanto que algunos de los artistas chilenos que volvieron después á Chile, la introdujeron y la esparcieron en el país ya muy preparados, por lo demás, para recibirla.

Hablaba antes del papel considerable que tuvo don Pedro Lira en el desarrollo artístico chileno: su voluntad fuerte y su carácter algo absorbente—como pasa siempre en las personalidades muy marcadas—hicieron que él impasiera á muchos de sus discípulos, que fueron casi todos los de una generación, las tendencias que había traído de París y también su manera de ver las cosas y de interpretarlas. Sus compañeros de estudio ó de carrera, los Valenzuela Puelma, Molina y otros—toda cuestión de talento aparte—sea que no tuvieran las mismas facilidades para la enseñanza, sea que no supieron atraerse como él, las voluntades, sea al fin, por circunstancias ajenas al arte, no le pudieron disputar el centro de la dirección artística que llevó durante varios años. Pero, como él estaba solo, lo que hacía falta á los jóvenes, al lado de las enseñanzas indudablemente buenas que recibían, era esta cosa tan indispensable en todo orden de especulación intelectual; pero particularmente en el arte, la comparación y la emulación. Y sin embargo no faltaban pintores chilenos de temperamentos muy distintos y de talento sobresaliente. Ya hablé de Valenzuela Puelma y de Molina; la naturaleza inquieta y afiebrada del primero, y los gustos tranquilos y sedentarios del segundo los impedían formar escuela; los otros que sobresalían y, gracias á Dios, sobresalen todavía, don José Tomás Errázuriz, don Alberto Orrego Luco, no volvieron más de Europa, donde fijaron su residencia, contribuyendo, de una manera especial, al brillo del arte chileno en el extranjero, pero no influyendo en el propio país, de una manera directa y efectiva: don José Tomás Errázuriz, después de

brillantes estudios artísticos en Italia y en París, se presentó en los salones de la gran capital y obtuvo una recompensa, la primera vez que exhibió un cuadro; después se incorporó en la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, donde consiguió el título de "associé", que representa la distinción más importante que haya obtenido pintor chileno alguno en Francia; después de varios años de permanencia en Francia, el señor Errázuriz se fué á establecer en Inglaterra, donde goza, en los medios artísticos más refinados, de la más seria consideración como persona cultísima y como pintor. Don Alberto Orrego Luco siguió también, en Italia, su carrera artística admirablemente empezada aquí. Los dos son, pues, pintores chilenos de primer orden y que hacen honor á Chile; pero que no ejercen ninguna influencia directa, desgraciadamente en el campo artístico de Santiago.

El caso de estos dos notables artistas no es aislado, por lo demás, y otros más ó menos recientemente han seguido su ejemplo: don Juan Harris, cuyos cuadros, ó al menos algunos de ellos, han adquirido cierta popularidad en Europa; don Marcial Plaza Ferrand, cuya exposición, el mes pasado, en los salones de "El Mercurio" reveló los progresos constantes, parecen haberse radicado si no definitivamente, al menos por mucho tiempo en Europa, y los señores Reszka y Manuel Thomson también siguen su carrera en París.

Todos estos artistas, admirablemente dotados, aprovecharon para ellos mismos, para el arte en general y para el buen renombre intelectual de Chile la estadía en Europa; pero no volvieron, no vuelven para ingertar en Chile un poco de la fresca y vigorosa savia que han adquirido ahí; no es raro, pues, que durante algunos años, se haya producido como una especie de estagnación en la evolución artística chilena; los mejores elementos iban á buscar ideales nuevos ó fórmulas nuevas... y no volvían! Temperamentos y fórmulas se quedaban allá. Mientras tanto, aquí se producían, sin embargo, manifestaciones muy interesantes, como tentativas para sa-

cudir los viejos yugos, para romper los antiguos moldes; don J. F. González no ha podido tener la misma influencia que don Pedro Lira, porque no tenía la misma autoridad y porque, si sus intenciones y aspiraciones hacia la luz y el ensanchamiento de la visión eran excelentes, sus modos de expresión, su método, su *manera*, en una palabra, eran demasiado someros y vacilantes; pero con todo es muy natural, y ha sido muy benéfico que sus ideas y tentativas hayan entusiasmado á muchos jóvenes y hayan dado una nota muy vibrante y despertadora en un medio que se estaba adormeciendo en un ambiente algo monótono y frío; su papel en el desarrollo artístico de Chile habría sido, pues, muy importante, y aprovecho con mucho gusto esta ocasión de manifestar que si, en cierta ocasión juzgué con alguna seriedad una de sus exposiciones, era á un punto de vista puramente doctrinario y porque consideraba prudente avisar á una juventud, fácil á impresionar y poco preparada para tomar la justa medida, de los peligros de una escuela cuyo ideal definitivo parece ser las notas sueltas, los apuntes rápidos y las impresiones fugitivas... pero sin pensar en rasgar el encanto de ciertas de estas impresiones y las preciosas cualidades del autor...

Pero al fin, algunos de los jóvenes que habían dado mayores esperanzas en sus estudios, consiguieron también la anhelada pensión—otros se fueron más valientemente con sus propios recursos y... esos volvieron! Y á pesar del tiempo muy corto, demasiado corto que habían pasado en París, nos dieron la grata sorpresa y el gran placer de mostrarnos los progresos asombrosos que habían hecho en pocos meses, no solamente en la técnica del arte, pero también y sobre todo en la definición de un estilo que supieron elegir y que correspondía admirablemente á la idiosincrasia de cada uno de ellos; esta vez, era una verdadera evolución y de las que pueden hacer época en la historia de una escuela artística. Estos distinguidos jóvenes artistas son los señores Alegría, Valdés, Undurraga y Espinosa, cuyos cuadros en los dos últimos salones



Cuadro de Rafael Correa



Cuadro de Valenzuela Llanos

dieron notas verdaderamente nuevas, muy modernas, distintas unas de otras y que tenían el gran mérito de reflejar muy la naturaleza de los autores y de adaptarse á sus temperamentos. Ya todos ellos, pero principalmente el primero, don Félix Alegría, han encontrado su camino: poco faltaba para que el retrato que presentó en el salón pasado el señor Alegría fuera una obra de primer orden. El Gobierno le concedió hace poco la pensión que le permitió ir á reanudar sus estudios en París: no dudo de que con sus admirables cualidades, pueda llegar á la mayor altura en su arte. Tengo también la mejor fe en el porvenir de los compañeros que nombré con él.

Pero, otros jóvenes pintores, sin salir de aquí, supieron encontrar también su camino y su fórmula personal y á su cabeza hay que poner el señor Benito Rebolledo Correa, este artista que se ha formado por sí solo, ha revelado en sus últimas obras un temperamento tan vigoroso y tan sano, una visión tan clara y un sentimiento tan intenso de la luz, de la atmósfera y de la vida que en él también hay indudablemente, como decimos en francés. "*Vêtoffe d'un grand peintre*", á su lado, los señores Burchard, que presentó el año pasado un paisaje muy notable, Zúñiga, Lucares, Manuel Núñez, cuyos retratos y cuadros de costumbre, son cada vez más interesantes; Gordon, Caracci y Vergara completan la nueva generación que se levanta ahora y que afirma la vitalidad y la robustez de la escuela artística chilena.

III

Hablaba, antes, de los pintores de primera fila que se quedaron en Europa; me toca ahora hablar de los de la misma categoría que felizmente para el progreso intelectual de Chile regresaron á la patria después de haber bebido en las fuentes del culto mundial y cuyos principios artísticos adquiridos en el Viejo Mundo eran

tan sólidos que ellos siguieron, á pesar de su alejamiento de los centros del arte, progresando de la manera más magnífica: estos pintores fueron después de don Onofre Jarpa, el delicado paisajista, que fué el objeto de un estudio, en estas mismas columnas, los señores Valenzuela Llanos, Rafael Correa y Alfredo Helsby. El primero de los nombrados, el señor Valenzuela, es á impregnado del espíritu y del estilo de la escuela francesa de paisaje; sus obras tienen todas las cualidades de esta escuela, composición firme y sabia, dibujo muy bien establecido, colorido discreto y distinguido, y ejecución vigorosa y pastosa; el señor Valenzuela es un paisajista completo, que posee á fondo toda la ciencia y todos los recursos de su arte. En cuanto á don Rafael Correa, él me ha dado una de las mayores sorpresas y alegrías artísticas que haya experimentado, desde que llegué á Chile. La palabra sorpresa puede parecer algo extraña, tratándose de un artista, cuyos progresos, desde algunos años, son tan constantes y denotan una fuerza de voluntad y un amor al arte, que siempre, cuando son el complemento de dotes naturales, deben dar los más espléndidos frutos; pero, entre las últimas obras del señor Correa, y el cuadro de los "Arrieros", que acaba de triunfar en Buenos Aires, hay una distancia tal que verdaderamente causa sorpresa que haya podido ser salvada de una sola vez. Desde sus primeros cuadros de paisajes con animales, siempre agradables, pero que se resentían demasiado de la influencia de ciertos maestros franceses y que, además, eran un poco tímidos en el colorido, hasta los de hoy, se ha podido, año por año, notar la evolución del pintor, la afirmación de su personalidad y la conquista de un *estilo*, que parece completo en el último gran cuadro.

No solamente esta tela consagra al señor Correa como uno de los artistas de primera fila de América, pero también demuestra cuán falsa es la creencia de que los temperamentos se debilitan

de verdad. Ultimamente acabamos de asistir, asistimos todavía a esta transformación de un "amateur", en uno de los mejores profesionales y artistas de vanguardia, chilenos; hablo del señor Joaquín Fabres. Desde los muchos años, casi desde mi llegada a Santiago, que tengo con don Joaquín Fabres las relaciones más cordiales y de amistad más sincera, seguía, con un vivo interés sus trabajos de pintura; pero yo también, como todo el mundo, le consideré durante mucho tiempo como un "aficionado", y, como un dilettante cultísimo, pero no me había jamás figurado que de repente, como ocurrió hace tres ó cuatro años, á la vuelta del viaje á Europa, el "amateur" poco á poco adquiriera estilo propio, desarrollara su personalidad y un buen día, presentara al salón una serie de cuadros, entre los cuales se destacaba una naturaleza muerta, "Objetos japoneses", que era sencillamente el mejor trozo de pintura de aquella exposición.

Desde entonces, don Joaquín Fabres no ha dejado de trabajar y de progresar, ayudado por una voluntad de hierro, y una verdadera pasión por el arte y, últimamente, hemos sabido que los cuadros mandados por el pretendido "amateur" á Buenos Aires, formaban uno de los "panneaux" más celebrados de la sección chilena de la Exposición Internacional.

Por lo demás, don Joaquín Fabres, el triunfador de hoy día, no es el primer artista chileno que haya sentado plaza de pintor profesional, siguiendo, al mismo tiempo, otra carrera, y ejerciendo otras funciones: don Alvaro Casanova, el pintor de las glorias marítimas de Chile; don Juan de Dios Vargas, que pinta paisajes de una ejecución refinada y de una frescura encantadora, pueden ser colocados en esta misma categoría. Y como el objeto de este estudio es seguir el desarrollo del arte en Chile, es indispensable señalar el papel importantísimo que cupo, á este punto de vista, á varias personalidades que, sin cultivar materialmente el arte, hicieron más por él, sin embargo, que muchos profesionales. Desde luego, los nombres del general Maturana y de don Arturo Edwards se imponen, siendo ellos los primeros fundadores de los premios anuales destinados á estimular á los artistas y á facilitarles los medios de dedicarse, sin preocupaciones, al arte puro; pero, después de estos bienhechores de los artistas, sería larga la lista de los hombres cultos que han contribuido directa ó indirectamente á los progresos artísticos de la Nación.

Es muy curioso el hecho de que tres de los artistas que gozan hoy día de la mayor fama mundial, hayan sido, no precisamente descubiertos en París; pero sí apreciados, desde sus principios, por distinguidos caballeros chilenos. Uno de los primeros retratos pintados por Sargent y el primero que llamó la atención, fué encargado por don Ramón Subercaseaux; los primeros retratos de Boldini, cuando evolucionó y adoptó su manera actual tan característica y tan popular hoy, fueron de señoritas chilenas y, en fin, don Rafael Errázuriz encargó numerosos trabajos á Sorolla, en la época en que el célebre pintor español no tenía, ni mucho menos, la fama que adquirió después. No se puede dudar, pues, de que la influencia intelectual de personas como los señores Subercaseaux y Errázuriz, cuya refinada cultura les permitía adivinar en sus albores, el genio futuro de artistas todavía desconocidos, fuera muy importante en el desarrollo artístico chileno; además, sus escritos y sus obras sobre cuestiones artísticas vinieron á apoyar y á confirmar esta influencia latente; pero al lado de ellos, son numerosos los caballeros que por puro refinamiento y cultura intelectual han contribuido á los progresos artísticos del país: don Raimundo Larraín, don Luis Dávila Larraín, don Máximo del Campo, don Enrique Cousiño, don Javier Larraín Irarrázaval, una de las personas que saben más de arte en Chile, don Emilio Rodríguez Mendoza y su hermano el sentido don Manuel, don Carlos Silva Vildósola, don Luis Orrego Luco, don Paulino Alfonso y tantos otros, sea por sus escritos, sea por su palabra, sea como miembros del Consejo de Bellas Artes, todos contribuyen, casi tanto como los profesionales al desarrollo del arte en Chile. Pero en las actuales circunstancias, en la víspera del centenario y de la inauguración de la Exposición Internacional, es de estricta justicia rendir un homenaje especial al que fué el iniciador y el alma de la Exposición y del Palacio que la abrigará, al que desde tantos años se ha consagrado con el celo más incansable, y con la abnegación más completa á todo lo que podía representar un adelanto y un progreso en la cultura de la nación, á don Alberto Mackenna Subercaseaux. El que escribe estas líneas sabe todo lo que ha hecho, el señor Mackenna, desde más de quince años en pro del arte y de los artistas: ha asistido á la génesis del Palacio de Bellas Artes, he visto con qué paciencia el señor Mackenna seguía hasta el objeto final el camino á veces áspero, sin dejarse amedrentar por los obstáculos ni desanimar por las decepciones; ha conquistado este trabajo lento, difícil y obscuro, de ganar adhesiones, de vencer resistencia... ¡Oh! la historia del museo de copias, traído de Europa por don Alberto Mackenna! este museo de copias, que solamente ahora va á salir de sus cajones—¡desde diez años!—y, al cual, después de todo, los santiaguinos deberán su magnífico Palacio de Bellas Artes!... Y, hace tres meses, al fin, el último sacrificio del señor Mackenna Subercaseaux, fué su viaje á Europa, en circunstancias particularmente penosas é inoportunas, viaje lleno de dificultades, por lo demás, y de un trabajo abrumador.

En menos de un mes, don Alberto Mackenna tuvo que recorrer todos los grandes centros de Europa, que visitar centenares de artistas, que atender á todos los detalles de un mecanismo tan complejo, como es la organización de una Exposición de la importancia de la que en algunos días más abrirá sus puertas, que contar á veces á cincuenta cartas en un día...

Y la liquidación de todos estos trabajos no le permitirá siquiera regresar en tiempo oportuno para ver los primeros frutos de tantos esfuerzos y de tanta energía gastada. Esperemos que el día de la inauguración, no se olvidará del ausente que fué el gran obrero y el alma de la obra.

V

Chile es orgulloso, y justamente orgulloso de su Escuela de Escultura: desde que el arte existe en Chile la escultura ha tenido una historia tanto ó más brillante como la pintura y mucho más homogénea.

Desde Blanco, que fué uno de los primeros, sino el primero en fecha de los escultores nacionales, hasta los jóvenes de hoy que son la esperanza de mañana, la historia de la escultura chilena está representada por una serie de éxitos tanto en Europa como aquí. Hace pocos meses tuve ocasión de hablar del decano actual de los escultores chilenos, de don Nicanor Plaza, y desde entonces tuve el gusto de ver realizada una idea, insinuada en ese artículo en SELECTA, la de que la estatua tan popular de Caupolicán, fuera trasladada á una plaza pública; en pocas semanas más, el héroe de la "Araucana" se destacará sobre el hermoso cielo de Chile, teniendo como pedestal una de las rocas del Santa Lucía.

Don Virginio Arias ocupará en la historia de la escultura chilena, en sus albores, un lugar sobresaliente, y su gran grupo del "Descendimiento" es probablemente una de las obras de escultura más importantes ejecutada por un artista sudamericano.

Cuando se ve en el Museo la delicada figura del Giotto, debido al cincel del señor Lagarrigue, es imposible dejar de lamentar que un artista tan admirablemente dotado, haya abandonado el arte casi por completo. Felizmente otros escultores chilenos, no solamente mantienen la tradición, sino que le dan un brillo cada vez más vivo, y á su cabeza, está don Simón González.

El talento del señor González tiene un refinamiento que quizás ningún otro artista haya alcanzado todavía. La seguridad de su gusto, la variedad de su concepción artística, se impusieron á todas las personas que tuvieran alguna educación artística, cuando, hace algunos años, presentó al Salón un grupo de obras, admirablemente escogidas para hacer ver todas las facetas de su talento. El niño soplando agua, destinado al parque de don Carlos Cousiño, notable "pendant" á "l'Enfant boudeur" que tuvo la medalla de oro en la Exposición Universal de París en 1900, y el Viejo Mendo, representaban el lado amplio y clásico del arte de don Simón González, al mismo tiempo que su admirable conocimiento del procedimiento del bronce á la cera perdida; pero al lado de estos trozos importantes é imponentes, el visitante al Salón quedaba sorprendido y encantado de encontrar las delicadísimas figuritas, que al mismo tiempo que esculturas perfectas, son preciosos "bibelots", como la "Perla", la "Manzana de Eva", etc., que hacen pensar que si don Simón González no hubiera abandonado París, en poco tiempo más, los editores de objetos de arte se hubieran disputado sus exquisitas obras. En esta misma Exposición figuraba también otra obra de un estilo muy distinto de las otras y quizás la más genial y la más original, el retrato de cuerpo entero en bronce, de un conocido escultor francés, compañero del señor González, obra tan llena de vida, tan espontánea que ella tiene todo el encanto de un "apunte" de gran maestro. Después de este Salón que fué para todas las personas de gusto, la consagración del gran artista que es don Simón González, el distinguido artista ejecutó otras obras notables, entre las cuales se destacan la estatua de la señora de D. G. y sobre todo un admirable busto del doctor Benavente. Ojalá tenga ocasiones de producir obras del mismo estilo y valor.

Mientras que los escultores residentes en Chile, mantienen en alto el pabellón de la escultura chilena, otros, en Europa, trabajan también para el mismo ideal.

La señora Rebeca Matte de Iniguez, la distinguida autora de la "Militza" y del "Viejo Horacio", acaba de triunfar una vez más en el Salón de París con una estatua que mereció los más elogiosos conceptos de los críticos de arte.

En pocos días más llegará á Chile, á tiempo, para figurar en la Exposición del Centenario, la estatua premiada del señor Concha: "Miseria". Dicen que esta obra ha sido la revelación de un excepcional temperamento de artista; pero, dicen, también ¡ay! que su autor, el señor Concha, tiene que luchar en París con la más crueles dificultades de la vida. Creo que el Gobierno de Chile no vacilará en adquirir la obra del joven escultor, enriqueciendo así el nuevo Museo con una obra nacional de primer orden, y procurando al artista los medios para poder seguir, sin preocupaciones materiales, durante algún tiempo, una carrera tan admirablemente principiada en el centro más intenso del arte, en París.

VI

Al punto de acabar esta mal hilvanada revista del arte en Chile, cuyo mérito único, si tuviera alguno, sería haber procurado trasladar al papel, lo más sinceramente posible, impresiones recogidas en varios años de vida santiaguina, quisiera sacar una conclusión de estas impresiones.

Cuando un viajero recorre un camino, deteniéndose en cada árbol, en cada planta, en cada flor que encuentra, cada detalle le interesa pero no se da cuenta del conjunto de lo que le rodea.

El camino sube, el viajero llega á la cumbre, y dándose vuelta, contempla un panorama majestuoso y riquísimo, compuesto con todo lo que le parecía de cerca accidentes pintorescos de terreno ó detalles bonitos, sí, pero aislados. Una impresión análoga acabo de experimentar, al llegar al final de este estudio sobre el arte en Chile: quedo admirado al contemplar en conjunto lo que representan estos sesenta años, apenas, de vida artística. En poco más de medio siglo, el arte en esta tierra privilegiada habrá pasado de la nada al estado actual sintetizado por el nuevo palacio de Bellas Artes, que ha sido edificado,—que ciertos espíritus todavía refractarios la entiendan bien,—*porque lógicamente, fatalmente, el momento había llegado, porque correspondía á una necesidad, á un instinto latente del espíritu nacional. Obras de esta importancia no pueden ser debidas á una casualidad ó á un capricho.*

Veamos, además, si todo, lógicamente, no indicaba esta necesidad. Entre las manifestaciones de alta cultura, hechas por eminentes personalidades chilenas, las más importantes son, sin duda, las formaciones de galerías de pinturas. Hay varias en Santiago que son verdaderos pequeños museos: pues bien, siguiendo una hermosa tradición que existe en todos los países de antigua civilización, varios de los dueños de estas galerías, ó han legado, ó han manifestado la intención de legar al Estado sus colecciones artísticas. Si, pues, la edificación del palacio que se va á inaugurar, hubiera demorado más, no habría existido local adecuado y digno de recibir las valiosas obras regaladas.

Por lo demás, todo, todo sigue el movimiento vertiginoso hacia el progreso y el refinamiento artísticos. ¿Quién no se asombraría al comparar las únicas publicaciones ilustradas que existían en el país, hace seis años, papeluchos que, hoy parecerían modestos, hasta para los más modestos de los pueblos de provincias, con las revistas de arte actuales, que pueden competir con las que se publican en París ó en Londres? ¿Quién no ve, en toda parte, la tendencia á dar á todo un sello artístico y elegante? Todos los edificios nuevos revelan esta preocupación, y los distinguidos arquitectos,

hoy día en boga, los señores Jequier, Cruz Montt, Larraín Bravo, Forteza, Duclerc, Smytle, etc., rivalizan en buscar estilos y efectos decorativos.

Alguien, en días pasados, tuvo una frase desgraciada, que más bien se puede considerar como lo que se llama en francés una "boutade". Dijo que no necesitaban palacios de Bellas Artes, pueblos de instintos tan poco artísticos, como, según él, sería el pueblo chileno! No comprendo cómo se pueda negar un instinto artístico que salta á la vista por doquiera que se mire. Y, sino, que me digan lo que significa que siempre, y en toda ocasión, se prefiera lo decorativo á lo práctico, cuando se encuentra un pedazo de terreno vacío, ¿cuál es la primera idea que ocurre? formar un "square" ó un jardincito. Las calles son,—con perdón,—infernales, la pavimentación... no digamos nada! pero las plazas y los jardines están siempre bien cuidados y el objeto de atenciones especiales. ¿No es eso instinto artístico?

Y además, ¿cómo se puede siquiera pensar en negar el instinto artístico de la ciudad del cerro Santa Lucía, de la ciudad en que un hombre genial tuvo la ocurrencia de transformar una roca pedrada y horrorosa en una joya incomparable, y en que todo el pueblo se enamoró tanto de esta creación del cerro Santa Lucía que alcanzó á considerarlo como un símbolo y á rendirle una especie de culto, y llegó, en su entusiasmo, hasta comprometer á veces la belleza de su ídolo, recargándolo de adornos, no siempre muy felices, porque naturalmente las aspiraciones artísticas no se deban confundir con la cultura completa y el gusto refinado, pero constituyen la primera condición para adquirir, con la educación y con el tiempo, este gusto y esta cultura?

¿Y cómo no, podría tener instintos artísticos una raza que desciende en su mayor parte de la España de Velázquez, de Murillo, de Goya, de Cervantes, de Calderón, magnífico tronco sobre el cual, además vinieron á ingertarse y sigue ingertándose, retoños de la cultura de todos los otros pueblos de Europa, de la elegancia y del gusto franceses, de la seriedad alemana, del clasicismo italiano, del refinamiento inglés?

Chile no ha dado, pues, un paso atrevido al querer organizar la Exposición Internacional de Bellas Artes. Era tiempo de que se incorporara en el número de las naciones de alta cultura en las cuales el arte ocupa un lugar prominente. Además, el entusiasmo con que grandes artistas del mundo entero han aceptado la invitación prueba que esta fama de nación culta está perfectamente establecida en los grandes centros intelectuales.

La Exposición consagrará esta fama y dará además, no lo dudo, el mejor impulso á toda la generación actual de los jóvenes artistas chilenos, los que deben confirmar la existencia de la Escuela Chilena de arte y darle un brillo cada vez más esplendoroso.

RICHON-BRUNET



EL PRIMER PRETENDIENTE A LA CORONA